AL PUEBLO
DE
TRUBIA

UN ABRAZO FILIAL

1927

AL PUEBLO DE TRUBIA

UN ABRAZO FILIAL

Al pueblo de Trubia

Un abrazo filial.

Trubiecos, viejos amigos, íntimos del corazón, que me habéis atraído hacia vosotros para llamarme vuestro hermano: yo os abrazo con toda el alma, me postro ante el lar que me ofrecéis, tomo asiento y entro en vuestra familia, rebosante de cariño filial.

Trubia me ha concedido lo más honorífico, lo más amoroso, lo más sagrado que un pueblo puede conceder: me ha acogido en su seno y me dió su nombre y su paternidad. Los manes de este pueblo me protegen; soy copartícipe de vuestro honroso abolengo y puedo blasonar con vuestra fama y nombradía. Nada pude soñar en mi vida que me fuese de tan santo orgullo e íntima satisfacción.

Van a cumplirse treinta años desde que el hado de las venturas me trajo a Trubia, y nuestro congeniar y nuestras coincidencias afectivas y la paridad de nuestros pensamientos me engendraron como hijo de este pueblo; soy, pues, un hijo del amor, y muy altivo, ya que ese amor se sostuvo durante veinte años que siguieron de ausencia, y al cabo de tan larga gestación, todos, todos venís a reconocerme; todos habéis firmado en mi fe de bautismo, en mi inscripción, en el certificado de mi natalidad trubieca.

A la hora en que vengo a presentarme como hijo, cuando vengo al regazo paternal, quisiera aparecer con todas las desnudeces de mi alma, sin un recato y mostrando en mis sinceridades un verdadero nacer al nuevo nombre; quisiera raspar de mi espíritu las impurezas de los años que cuento y presentarme cual criatura a la que ungen para orientar su vida. Al acercarme aquí, al Trubia, pienso en que éste sea otro Jordán que cure mis pasadas flaquezas para entrar libre de toda maca en la doméstica mansión que me ofrecéis. Sólo así, puedo parecerme digno de esta paternidad.

Pero no he de confesarme con tal descaro, porque mi escándalo sería baldío y habría de mermar vuestras consideraciones y afectos hacia mí; acaso

pensaríais que el nuevo engendro que entra en vuestra familia llegaba con alifafes y deméritos. Por eso, hago mi confesión en mi conciencia, para que ella y mis propósitos absuelvan mis impurezas.

A esta hora tan solemne para mí, recapacito, lleno de contrición, y evoco mis descuidos y omisiones cuando compartí mi juventud entre vosotros: ahora reconozco que no fuí ejemplar en mi vivir; que no fuí maestro en ningún saber; que no tenía la abnegación profesional que vosotros merecíais; que me distraía, frívolo, en fiestas y diversiones, en vez de aplicarme en vuestro bien, ganando así, laborioso, el título que ahora me concedéis.

En este examen de conciencia, paladino, he de reconocer, sin falsa modestia y con la sinceridad más honrada, que no merezco ni he merecido jamás tamaña honra; que me veo abrumado ante vuestro espléndido homenaje; que no me siento a la altura de esta loa; que si en las horas vanas de mi vida pude soñar en lauros o distinciones, en honores o nombradías, jamás pude imaginarme un día como éste, nunca me atreví a conceptuarme digno de una tal acogida.

Y esta acogida y esta adopción tan sólo pueden explicarse por vuestros propios méritos, que son

los que tratáis de atribuirme. Todo, todo lo que en mí celebráis era y es vuestro; es vuestra alma grande, pródiga en unos cariños que agrandan las virtudes y disimulan los defectos ajenos. Pudorosos en ponderar vuestras bondades, me adornáis a mí con ellas, cual un padre que renuncia a sus méritos para que los encomios sean dedicados a su hijo.

Lego yo en las artes de Apolo, me hicísteis presidente de la Clave y me brindásteis los laureles ganados solamente con vuestra aplicación y los grandes maestros que teníais; os llevaba de fiesta en fiesta, y era yo el más alegre de los romeros y me concedíais autoridad entre vosotros; brindaba como el que más al pie de los toneles, y casi, casi me llamásteis sobrio y austero; con el decidido, el poderoso auxilio que os prestó la Dirección de la Fábrica y con vuestros afanes y suscripciones, hicísteis el sanatorio de Las Cruces, y me vestísteis con el éxito; jamás sobrado de recursos pecuniarios para permitirme algún socorro, me llamásteis caritativo; era yo un médico vulgar, sin fama o distinción alguna, y, llenos de fe, os confiábais a mí en vuestras enfermedades. De lo que era vuestra fe, los esfuerzos del pueblo, la abnegación del vecindario, la caridad de todos, me exornásteis a

mí, porque ya me queríais como a hermano. No era yo, pues, no soy yo; érais y sois vosotros los merecedores, los dignos de estos plácemes.

Y este es mi honrado decir, y esta verdad la hallaréis también vosotros si a esta hora hacéis, como yo, en vuestra memoria un recuento de los tiempos que pasé en Trubia. Yo no quiero, no, no puedo, no sería noble si aceptase como merecidos esos encomios ni el título que me concedéis.

Ahora bien. Yo tampoco quiero renunciar a ese título, y si, falto de méritos, lo acepto, espero me disculpe mi contrición por no haber hecho el bien que pude hacer aquí y por el mal que hice, y también habrán de disculparme mis propósitos de dedicar los años que me restan a ser un digno hermano vuestro. Ya que tanto orgullo siento en llamarme trubieco, con ese nombre me escudaré contra todo impulso al mal, y él habrá de alentarme para las buenas obras.

Vuestro cariño me atrajo y a vuestro cariño me confío, y, contando con él, me atrevo a traspasar los umbrales de este hogar. Cuando un hombre dice a otro hombre ven a mí, tú eres mi hermano, y el hijo, así reconocido, va hacia los brazos de su padre, padre e hijo se abrazan sin distinción en

los merecimientos; en una exaltación filial, en las efusiones paternales, no se echan cuentas.

Y al abrazaros hoy, llamo a mi pueblo natal para abarcarlo entre nosotros: al acercarme a esta pila bautismal, he de bendecir la pila de Cangas del Narcea, en la que recibí el nombre de cangués, con el que me honré toda mi vida y que, con el de trubieco, seguiré honrándome; llamo al pueblo en que nací, donde se informó mi espíritu y en el que descansan mis padres. En este abrazo de hoy abrazo a Trubia y a Cangas, anhelando que también los dos pueblos se abracen.

Abrazáos, pues, los dos pueblos, el industrial y el agrícola, que buenas son las relaciones de Ceres con Vulcano; ambos os mantenéis firmes en las virtudes asturianas; los dos sois igualmente pródigos de corazón. El Trubia y el Narcea llevan unos mismos sones con matices tomados en Covadonga, con cadencias de las gestas hispanas: vuestro carácter afectivo, vuestra vida emocional tiene grandes coincidencias: sentís hondo y sincero, gozáis de la música, soñáis poetas, os atrae todo gayo saber. Los aires invernales, los de aridez artística y sequedad de corazón, que asolan hoy a otros pueblos, no llegan a estos valles: aquí la nieve resbala por los aleros, no en-

fría el hogar, no congela los torrentes de amor que lleva vuestra sangre.

Y si para este abrazo de hoy llamo a mi pueblo y traigo sones de Asturias y ambiente de la gran patria; si evoco a mis padres y busco las complacencias celestiales, es que en él pongo todo mi espíritu y quiero que a él concurra todo lo que más adoro; quiero que en él culminen los grandes afectos de mi vida y que él perdure llenando mis sentires durante los años que me restan. Este abrazo compensará las desilusiones que la senectud pueda traerme; en él hallaré calor contra los desfallecimientos de ánimo; de él he de llevar las ascuas a ultratumba y Dios abrazará al que abrazó con tal fuego y al que con tanto amor fué abrazado por el pueblo de Trubia.

Trubiecos, viejos amigos, íntimos del corazón, hermanos míos: henchido de reconocimiento me arrodillo al recibir la imposición paternal, y como hijo sumiso de este pueblo os abraza vuestro

Mario Gómez

Trubia, 6 de noviembre de 1927.